

seo atormenta, ni la satisfaccion fastidia. Habla María, y la verdad aparece sin sombras; óbrase conforme á su espíritu, y el pecado huye y desaparece; vívese con ella, y la eternidad dichosa se conquista.

¿Qué mas puede decirse que lo que acabáis de oír, hermanos míos! ¿Dónde está la elocuencia capaz de hacer una pintura tan perfecta? Estos conceptos, que el Espíritu de Dios quiso consignar para nuestra luz y provecho en el Libro de la Sabiduría, aparecen aplicados todos por la Iglesia nuestra Madre á la Reina del cielo y de la tierra en su advocacion de GUADALUPE. Todo corresponde á este carácter, ya en las excelencias de la Virgen-Madre, ya en las muchas y singularísimas pruebas de amor que á México ha dado, como lo acredita la historia. Hija predilecta de la ternura de María, nuestra patria figura en la historia de la religion como uno de los pueblos mas singularmente favorecidos. Todas las naciones, en los siglos que van corridos del cristianismo, son deudoras agraciadas de María; pero ¿cuál de ellas cuenta lo que esta dichosísima Nacion? ¿cuál de ellas la señala como su Apóstol? ¿cuál de ellas puede presentar esas singularidades que narra la piadosa tradicion acerca de la APARICION DE MARIA DE GUADALUPE? ¿Qué delicadeza tan tierna! En todo se dibuja con las magníficas decoraciones de su rango; pero mostrándose en su rostro bello como una vírgen mexicana, parece haber querido colocar en su trono y rodear con los esplendores de su gloria la predileccion de su amor á este pueblo ignorado y desconocido. ¿Qué te falta pues, ¡oh México! para figurar al frente del mundo como el mas privilegiado de todos los pueblos? ¡Oh dichosísima nacion, decorada con todas las gracias de una naturaleza bella, favorecida con la singular proteccion é inefable ternura de la Madre del Altísimo! ¡Regocíjate sin fin en tanta ventura; goza de la cuantiosa riqueza que se te ha concedido; compláctete con tus glorias, pues eres objeto de la singular ternura de la Reina! ¡Tú serás grande, tú darás á la historia las mas brillantes y gloriosas páginas: serás la reina del Nuevo Mundo, y pondrás la emulacion en las antiguas sociedades! ¡Tú...!

Pero católicos, ¿qué estoi hablando? ¿cómo traer esos conceptos á la cátedra de la verdad? ¿cómo hablar de ventura donde corren tantas lágrimas? ¿cómo preludiar un rango y soberanía donde se han sufrido tantos baldones? ¿cómo brindar á la historia con gloriosas páginas futuras, cuando se trata de un pueblo que agoniza y está casi para hundirse en el sepulcro...?

SEGUNDA PARTE.

¡Cuán grato fuera para mí, ¡oh católicos! detenerme absorto en esta primera faz del gran cuadro, en esta primera trasfiguracion del Nuevo Mundo bajo el poder irresistible de María, y decir como el Apóstol en el Tabor á la vista de Cristo resplandeciente: "Bueno será que permanezcamos aquí!" Mas por una desgracia lamentable nada ó mui poco adelantaria yo en esta santa predicacion, si conduciendo vuestras miradas á María para explicar un pasado lleno de ventura y encantos para México en el órden de la religion y la moral, pasase desapercibido nuestro presente, nuestra decadencia progresiva, y no llamase vuestra atencion hácia un hecho en extremo sensible para que no encuentre una doctrina y un sentimiento en esta cátedra donde plugo á Jesucristo colocarnos como luz del mundo, para disipar todas las tinieblas y preparar todos los caminos con la fe, á fin de curar con la Sangre de Cristo las enfermedades morales de los individuos y de los pueblos. Estamos mal, hermanos míos: el dolor nos tiene postrados en el lecho de la muerte. Si viene todavía de vez en cuando alguna brisa para templar los ardores de la fiebre que nos devora; si todavía la penosa vigilia de nuestro mal es interrumpida con algunos ensueños donde vemos deliciosas flores y sentimos delicadísimos perfumes; esto es una ilusion tanto mas funesta cuanto mas tiempo nos roba para conocer y contrariar las causas de nuestro mal: si aun escuchamos al oído lisonjeros anuncios de restablecimiento, esta voz no es la de la verdad: es la sirena que, interponiéndose entre nosotros y el sepulcro, nos atrae á él con cierta melodía. Vengamos, pues, á esta parte la mas interesante sin duda para Dios, para su tierna Madre y para nosotros. Si la conversion de un pecador alegra mas que la perseverancia de noventa y nueve justos, nada será tan alarmante para el Señor como la situacion de un pueblo que ha salido de sí mismo á regiones desconocidas, en que desfallece tiranizado por los enemigos de su felicidad. Si una madre, cuando padece por la situacion de un hijo que se le extravía, estima en mas alto precio el placer que siente al recobrarle que el que gozaba poseyéndole, bien comprenderéis que la ternura de esta Vírgen celestial preferirá sin duda que se toquen para el bien los males de sus hijos, que el que se pinten las belle-

zas de un estado que ya no existe, los gozes de una felicidad que ha desaparecido. Nosotros mismos haríamos el papel de unos insensatos, si gastando nuestro tiempo en contemplaciones estériles de una dicha que huyó, no atendiésemos á nuestra rápida y progresiva decadencia, para evitar una ruina que por todas partes nos amenaza. Entremos, pues, volveré á decirlo, en tan deplorable asunto sin perder nunca de vista á nuestra Madre: este será el mas perfecto y hermoso complemento de mi discurso.

Si la Santa Iglesia, regida por el Espíritu Divino y tomando el pincel del Sabio, nos la presenta como la fuente del conocimiento y la madre del bello amor, *Mater pulchra dilectionis, et agnitionis*, quiere asimismo que la veamos como la Madre del temor y de la santa esperanza: *timoris et sanctae spei*: del temor, para que no seamos presa de una vana confianza cuando contemplamos toda su ternura para con nosotros; y de la santa esperanza, para que no vayamos á caer en las peligrosísimas redes que nos tiende nuestro propio dolor para desesperarnos.

Hai, católicos, un dogma y un principio moral que son, digámoslo así, como la luz directa y refleja que despide la verdad hácia nosotros, para explicarnos el secreto de esas vicisitudes diversas del individuo y la sociedad en sus relaciones con la religion católica, la lei divina y la felicidad. ¿Cuál es el dogma? Que sin la gracia de Dios nada podemos, ni aun siquiera querer en el órden sobrenatural de la satisfaccion y el merecimiento, al paso que con ella lo podemos todo: pero que la gracia exige la cooperacion de la naturaleza para dar sus frutos, como la semilla la disposicion de la tierra para coronar los trabajos del labrador; y en consecuencia, que sin cooperar á la gracia nada conseguiremos. Este dogma explica perfectamente bien las conquistas del Evangelio y sus maravillosos efectos en el mundo, poniendo de manifesto la accion de la gracia de un Dios que previene, solicita y atrae al hombre sobre una naturaleza que se rinde por fin á esta divina solicitud.

¿Cuál es el principio moral? el que enuncian estas palabras del Apóstol: "Es imposible que aquellos que una vez han sido iluminados, y han gustado el don celestial, y han participado del Espíritu Santo, y despues de esto han vuelto á deslizarse, se muevan otra vez á penitencia." Es tan difícil, que casi raya en lo imposible la conversion de esas almas ligeras é inconstantes, que en la carrera de la vida tan pronto se ponen de parte de la lei, como del lado de la libertad; ora se entregan á Dios, ora se abandonan á sí mismas; ora siguen la virtud, ora tornan al vicio; y esto nos da cuanta luz pudiéramos necesitar para tener una idea clara y precisa y descu-

brir en su fondo las causas de la decadencia religiosa, moral y social de los pueblos despues de haber aparecido en la cumbre de la felicidad. Es necesario poner frente á este espejo nuestra desgraciada patria: porque no nos engañemos, católicos: México en su doble historia no compone mas que dos eslabones en la inmensa cadena del género humano; y si en sus buenos tiempos apareció con el timbre de gloria que expresan esas palabras que leemos á los piés de la Virgen de Guadalupe, no hai para que lisonjearnos de correr mejor suerte que otros pueblos agraciados como nosotros, si seguimos sus pasos en la ruinoso degeneracion. No es dado á mí cambiar el carácter histórico de nuestra patria, ni seria cordura estudiar su situacion presente sin la luz que despide la historia de los otros pueblos: luz benéfica, mientras podemos aprovechar el instante que pasa; luz terrible, si le dejamos escapar, porque ella alumbrará nuestro sepulcro. Estos recuerdos históricos parecen venir cada uno á decirnos lo que ese antiguo epitafio que no ha perdido nada de su primitiva sublimidad á pesar de su vejez: "Fuí lo que eres; serás lo que soi." En efecto, católicos, ninguno de esos pueblos por donde pasó el Evangelio, careció de una época de felicidad y de gloria: ninguno de esos pueblos que despreciaron el rico tesoro de su conversion al cristianismo, dejó de sufrir la última pérdida, morir para la religion y tornar á la barbarie.

¿De dónde fueron tomadas las palabras que resplandecen al pié de ese cuadro; ese diploma de felicidad y título de gloria para México, dónde aparece la singular ternura de María relativamente á nosotros? Leedlas católicos; buscadlas en las páginas de los Sagrados Libros; traed á la vista la historia del pueblo á quien se refieren, y aplicadlas despues á nosotros. ¿Quién habla? David inspirado por las celestiales glorias de Jerusalem. ¿A quién las dirige? al pueblo escogido. ¿Con qué objeto? con el de nutrir en su pecho la gratitud y poner en sus labios la alabanza. En efecto: con ningun pueblo habia hecho el Señor lo que con el suyo; *Non fecit taliter omni nationi*: á ninguno le habia fiado sus promesas, explicado sus planes y anunciado sus juicios; *Judicia sua non manifestavit eis*: por ninguno habia dejado correr su palabra con tal abundancia, con tanta rapidez y magnificencia; *Qui emittit eloquium suum terra; velociter currit sermo ejus*: en ningun pueblo habia obrado hasta entónces los efectos que en el suyo su lenguaje divino, ni se habia asentado su espíritu con tal gozo y permanencia. ¡Nacion illustre, pues llevaba por eleccion el nombre de suya! ¡Nacion sábia, pues era la única poseedora de la historia, depositaria de la tradicion, enseñada en la lei, gobernada por un sacerdocio legítimo! ¡Nacion fuer-

te, pues es la única que tuvo á Dios por Gefe, que peleó con su brazo y venció con su poder! ¡Nacion grande, no en verdad por el número, pero si por su rango, por su culto, por su legislacion, por su gobierno, por su historia! Ahora bien, católicos: ¿qué fué de aquel pueblo tan agraciado, tan ilustre, tan grande, en quien puso todos sus esmeros la sabiduría, la misericordia y el amor del Señor? ¿Qué fué de la primorosa Jerusalem, Princesa de las provincias y Señora de las naciones? No ponderaré su triste soledad, su amargo llanto, su incomparable desolacion, el desprecio en que la tuvieron sus antiguos amigos: no os haré escuchar aquel llorar de Sion á la vista de sus puertas destruidas, de sus sacerdotes gimiendo, de sus vírgenes descoloridas de espanto, de aquella opresion inmensa que hacia morir el corazon: no os hablaré de sus enemigos triunfantes enriquecidos con sus despojos, de sus tiernísimos hijos enviados al cautiverio, y de tantas y tantas penas que arrancaron aquellas sublimes lamentaciones al oprimido corazon de Jeremías: porque todavía entónces la ingrata ciudad era castigada con misericordia, todavía los clamores del Profeta estaban hablando á la esperanza y prometiendo á la conversion del pueblo escogido una restauracion gloriosa. No os pintaré tampoco á esta ciudad, errante cuando tenia en su seno al que es el camino, ciega cuando estaba inundada con el esplendor eterno del Verbo, insensible y muerta cuando dejaba correr sobre ella sus lágrimas el Autor de la vida. Vendré á los tiempos que siguieron á la consumacion de su crimen; preguntaré por ella, y no recibiré sino respuestas de muerte. Cargaron dos caudillos gentiles el brazo sobre sus viejos muros, y no quedó piedra sobre piedra de la antigua Jerusalem. Dió un paso el tiempo, y el pueblo escogido, herido con el sople de la Justicia Eterna, voló como una parvada de átomos á dispersarse por el mundo. Van diez y ocho siglos, y el pueblo todavía no se reúne. De esta suerte el pueblo judío quedó, católicos, para ser el primer escarmiento de las naciones ingratas al Dios benigno que las favorece.

¿Y dirémos, por ventura, que este pueblo tan favorecido, pero tan ciego y desgraciado, era extraño á la tierna solicitud con que la Virgen María procura la dicha de los hombres? No, hermanos míos, no: esta criatura pertenece, como bien sabéis, al mismo pueblo que nos ocupa: de su seno salió; en él tiene la dilatada cadena de sus antepasados, y estuvo á su vista como un ejemplo vivo de gracia, virtud y santidad. Anhelaba por su dicha y su gloria, como el Hombre-Dios, á quien ella portó en su vientre: veía la ceguedad y obstinacion judía con la misma pena y dolor con que su Divino Hijo la contemplaba cuando lloró sin consuelo sobre la ingrata Jerusalem:

deseaba tan ardentemente que su pueblo abriese los ojos á la luz que habia bajado de los cielos y su corazon á la gracia divina que se le brindaba en la tierra, cual debe suponerse de la Madre de Aquel cuyos trabajos, cuya predicacion, cuyos milagros, cuya carrera pasaron á la vista del pueblo que mas le hubo desconocido. Si aun en el orden comun de la naturaleza basta el amor patrio para deseear todo-bien al pueblo donde se ha visto la primera luz; si este sentimiento ha vivido siempre con el hombre; si aun en las sociedades gentiles hacia prodigios: ¿qué dirémos de él, cuando se trata de una criatura cuyo amor patrio, depurado de toda mezcla é inmensamente dilatado, no admite comparacion alguna con lo que de mas noble hai en la historia de los sentimientos humanos? que María nunca dejó de amar con singular predileccion á aquel pueblo, de rogar por él ardentemente al Señor, de pedir para él todas sus gracias, de anhelar incesantemente por su conversion y felicidad. ¿Por qué, pues, á pesar de todo, ese pueblo se pierde? porque la proteccion de María, concertada siempre con los designios del Señor, obra conforme á los planes de su gracia, y no deroga las condiciones á que está sujeta en el hombre la conquista de la felicidad. Esta debe ser obra, no solo de la gracia que previene, socorre y favorece, sino tambien de la naturaleza que corresponde, coopera y trabaja. El pueblo judío convirtió en mal su propio bien, llegando á ser insensible en medio de los mas poderosos estímulos que para el bien habia tenido hasta entónces pueblo niunguno; cerró sus ojos, y no vió la luz que en él estaba; endureció su corazon, y se quedó fuera de las avenidas de la felicidad.

¿Y acaso, hermanos míos, el pueblo judío en sus dos principales épocas, la de expectacion y la de plenitud, ha sido el único ejemplo donde el espíritu encuentra unidas la luz de la doctrina y el poder terrible de los escarmientos? No. Esta es la suerte de todos los pueblos que, despues de haber sido ilustrados con la fe, santificados con la gracia y regalados con los preciosos frutos del Divino Espíritu, han sacudido el yugo, cerrado los ojos y atrancádose por sí mismos las puertas de la esperanza. Habéis visto no há mucho tiempo esa gloriosa carrera de triunfos que anduvo el Evangelio desde la inauguracion de la Iglesia hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo: ved ahora el reverso de este triste cuadro; buscad en el mundo de hoy lo que ha quedado de aquellos antiguos reinos en que la fe y la virtud se encumbraron á tan grande altura, de aquellas regiones privilegiadas que dieron sus primicias á la palabra evangélica. “¿Qué ha sido, preguntaré aquí con uno de los predicadores mas eminentes que honran los fastos de la elocuencia sagrada: “qué

“ha sido de aquellas famosas iglesias de Alejandría, de Antioquía, de Jerusalen, de Constantinopla, que tenían subordinadas á sí otras innumerables? Allí es donde por espacio de tantos siglos sofocaban los más negros errores aquellos concilios, y pronunciaron oráculos que vivirán eternamente: allí es donde con tanta magestad reinaba la antigua disciplina, modelo por el cual suspiramos hoy en vano. Aquella tierra estaba regada con la sangre de los mártires, exhalaba el perfume de las vírgenes: el mismo desierto florecía con sus solitarios. Pero todo ha sido asolado allí: aquellas montañas que destilaban leche y miel, y donde pacían, libres de todo recelo, los rebaños de Israel, no son ahora mas que cavernas inaccesibles de serpientes y basiliscos.”

“¿Qué ha quedado ya en las costas de Africa, donde las juntas de los obispos eran tan numerosas como los concilios generales, y donde de la lei de Dios aguardaba su explicacion de la boca de Agustín? Yo no veo mas que una tierra despidiendo todavía el humo del rayo que Dios ha lanzado sobre ella.”¹

Pero no basta, hermanos míos, poner á vuestra vista las terribles consecuencias de este menosprecio de la fe, de este abuso de las gracias, que acabó con la felicidad y la gloria de aquellas iglesias tan ilustres, que hizo desaparecer de aquellas naciones el Evangelio y la civilizacion: es necesario recordar que á su turno fueron singularmente favorecidas por la Madre de la divina gracia, y no les faltó nunca el socorro de esta criatura poderosa, en quien nuestra fe mira el auxilio de los cristianos. Dejo aparte á Efeso que la conoció personalmente, que tuvo el singular honor de ser consagrada con su sepulcro, y de donde salió el terrible anatema fulminado contra el impío Nestorio, enemigo acérrimo de la Divina maternidad de María. ¿Qué diré de las otras iglesias? en sus ámbitos resonaron los bellos himnos de la admiracion, del reconocimiento y del amor hácia María: allí fué donde la elocuencia de los Padres, vehementemente inspirada por su amor á esta Reina, fecundaba los sentimientos de la mas tierna piedad, y mantenía viva la devocion á María en todos los fieles. ¿Cómo pues, á pesar de tanto, hubieron de desaparecer del mundo aquellas gloriosas familias donde la historia nos presenta los principios de la fe, los mas grandes caracteres de la piedad, los mas insignes apologistas de la religion y las fuertes columnas de la Iglesia? porque todo está concertado en los planes del Señor, todo se refiere á sus designios, todo quedó sujeto á leyes invariables. No basta recibir gracia, sino que es necesario

¹ Fenelon. Sermon pour la fête de l'Épiphanie.

cooperar con ella; no basta poseerla por algun tiempo, sino que es necesario conservarla: ella es lo infinito en el hombre; pero no quiere obrar sin el hombre: con su cooperacion es todo; sin su cooperacion es nada. Si pues María es Madre de la gracia, celará la gracia como Madre suya, cuidará de ella como Dios quiere que se cuide, su proteccion servirá para adquirirla, conservarla y fecundarla cuando la voluntad está dispuesta, pero no para excusar la indiferencia, coonestar el abandono y salvar á los pueblos á pesar de su voluntaria ceguedad y pertinaz obstinacion. No puede quedar la Madre cuando ha salido el Hijo, y por lo mismo su proteccion, tan valiosa para una voluntad bien dispuesta como estéril para una resistencia criminal, abandona á los pueblos endurecidos que se empeñan en ser desgraciados. Pero sigamos nuestra carrera.

Ved á esas naciones del Norte de la Europa desprendidas del centro de la unidad católica en el mismo tiempo que se descubria el Nuevo Mundo como una misteriosa reserva. ¿Cuál es su condicion religiosa y moral? ¿Cuál es el estado que guardan ellas al cabo de tres siglos? No me respondáis, hermanos míos, con su política del equilibrio, con sus altas combinaciones de intereses, con la prosperidad de su comercio, con el prodigio de sus descubrimientos, con la perfeccion de sus artes, con el vastísimo ensanche de su industria, no: mi pregunta es otra, y es otra, porque hablo en el Santuario, en presencia del Dios vivo; me dirijo á católicos, y tomo por punto de partida el principio, y por blanco el último fin para que fué criado el hombre. ¿Cuál es el estado que guardan sus relaciones con la lei divina? ¿Con qué datos cuentan para resolver el gran problema de su verdadera y única felicidad? Trátase de la religion, trátase de la influencia de su moral en la condicion del hombre. Ya sabéis que toda la lei divina se comprende y encierra en dos grandes preceptos, el amor de Dios, y el del prójimo. Ahora bien: ¿dónde está la unidad religiosa? en la pasmosa muchedumbre de sus sectas. ¿Dónde está el espíritu evangélico? en los caprichos de la inteligencia privada. ¿Dónde está el poder espiritual? en el arbitrio de los monarcas y de los parlamentos. ¿Dónde está el Sacrificio incremento de los altares? en las diatribas de los sectarios. ¿Dónde está el poder de las llaves para abrir ó cerrar el cielo? en las falsas ideas, en la falsa conciencia y en la funesta libertad de las pasiones. ¿Y la caridad? Acabáis de ver lo que es en el primero de sus objetos, en Dios, á quien debemos amar sobre todas las cosas. Pero á lo ménos el hombre habrá corrido mejor suerte, pues la sacrilega emancipacion es obra suya: acaso la filantropía, la beneficencia, los sentimientos humanitarios habrán reemplazado con ventaja las instituciones que

consagró con su palabra y afirmó con su poder en favor de todos los menesterosos y afligidos Aquel que inscribió la pobreza de espíritu en primer lugar en el registro que abrió á sus escogidos para el cielo. ¡Vano esperar! Los talleres de la especulación han sucedido á los antiguos institutos hospitalarios; el incesante ruido de mil fábricas ahoga los clamores de la miseria; los infelices mueren de hambre, desde que murió en aquellas naciones el Evangelio tierno, fecundo y poderoso de los pobres de Jesucristo. Dios y el hombre quedaron suprimidos de aquella religion y de aquella moral, y por consiguiente el error substituyó á la verdad, la inteligencia substituyó á la revelacion, el sentido privado á la creencia, el egoismo á la caridad; los intereses son el todo, el espíritu no es nada.

¡Ojalá pudiera detenerme aquí al recorrer esa triste y funesta galería de escarmentos que la historia nos presenta para enseñarnos cuán terrible y amargo es abandonar á Dios, y dar mil confirmaciones espantosas á la voz del Profeta! Pero, católicos, del fondo del protestantismo, de aquellas confusas voces que parecían haber trasplantado al siglo XVI la famosa Babel, salió un nuevo enemigo conjurado contra el cielo, *la filosofía incrédula*. Las discusiones de los sectarios, la inmensa anarquía religiosa introducida en el fondo del protestantismo, la multiplicacion progresiva de las sectas, abrieron al orgullo de la razon un vastísimo teatro, ministraron armas á millares para la guerra contra toda institucion religiosa: del cisma nació la duda metódica, de ésta el nuevo escepticismo filosófico, de aquí la guerra contra Dios, su lei y su culto en toda su escala. En el siglo XVII no se presentaba esta falanxe á cara descubierta en la Europa católica, porque los reyes sostenian la autoridad y la creencia; mas no por esto descansaba: trabajaba en las tinieblas, minando todos los apoyos de la religion y de la sociedad. Diestros farmacéuticos, depositaban imperceptibles gotas de veneno en los manjares apetecibles: el buen tono empezó á recibir las influencias de la filosofía; las córtes se dejaron lisonjear con ciertas discusiones que trasplantaban el cesarismo á la monarquía católica; el regalismo tuvo que sostener por mas de un siglo un tratado tácito con la filosofía incrédula embozada; y cuando llegó la hora fatal, aquella mina cebada y preparada por dos siglos de continuos trabajos, hizo su explosion: la revolucion francesa, que mató al Estado, sacrificó al sacerdocio, negó á Dios y colocó en su tabernáculo á la estatua de la Razon, fué, sin duda, hija del regalismo y de la filosofía, nieta de la Reforma y descendiente encubierta del paganismo. Gracias á Dios, la religion salió triunfante de los cadalsos, de las asambleas y de los libros; pero no nos engañemos con esta restauracion, inmensa

por cierto, pero no total. El antiguo cáncer quedó inoculado: al cansancio de la discusion, de la guerra y de los crímenes sucedió la indiferencia, que aunque batida victoriosamente en los libros, no sale todavía de la antigua sociedad. ¿Queréis una prueba? Mil pudiera daros; pero valga por todas esa última revolucion de Italia, que hizo salir de Roma al Vicario de Jesucristo en presencia de un pueblo inmenso y electrizado por el entusiasmo de una revolucion, que llamándose política, no era en realidad sino irreligiosa y aun atea. El ministerio católico está bien, el gobierno civil tambien lo está, la ciencia triunfa, el celo no cesa en su accion, el nuevo apostolado visita dia por dia las naciones idólatras para llamarlas á la fe: pero ¿el fondo de la sociedad tiene la fisonomía de los siglos de fe? ¡ha vuelto á colocar los intereses terrenos como una simple consecuencia ó añadidura en su movimiento moral y social? ¿La Iglesia puede hoi remediar las necesidades y enjugar las lágrimas que ántes podia? ¿Está mas andado el camino del cielo. . . ? Corramos un velo sobre este triste presente, para venir á nuestra patria.

Habéis visto, católicos, la obra de María, como tierna Madre de los mexicanos, desde que, apareciendo en este suelo y declarando su intencion de vivir con nosotros, anunció terminantemente su desigmo de realizar á toda costa nuestra felicidad. Habéis visto cómo los primeros efectos de su presencia se hicieron sentir desde luego en la facilidad con que fuéron allanándose los muchos y diversos obstáculos que detenian el curso de la conquista evangélica en los términos mas deplorables. Sabéis, en fin, lo que al terminar medio siglo fué ya esta nacion á la faz de todo el mundo católico. La trasformacion fué tan completa como mas no podia serlo. El espíritu y el corazon de los primeros habitantes de México se docilitaban de tal suerte á la suave y benigna accion de la gracia divina, que mui pronto apareció floreciente una iglesia formada por idólatras convertidos. Los nuevos fieles, vivamente penetrados del espíritu evangélico, no solo se afirmaron en su creencia, sino tambien tomaron el empeño mas eficaz en el arreglo de sus costumbres. El amor de Dios y del prójimo, gran resumen de la lei, era el distintivo de México en aquella época dichosa; y este doble amor, siempre activo y siempre fecundo, explica perfectamente, así el incremento progresivo del culto católico y de la piedad cristiana, como los sentimientos tiernos de benevolencia recíproca, las prestaciones mutuas de auxilios y socorros, la íntima estrechez de todos los vínculos sociales que hacian de esta nacion un objeto lleno de encantos. Y no fué, católicos, bien lo sabéis, rápida y momentánea esta época de goces; sino al contrario, tan duradera, que todavía en fines del pa-

sado siglo, es decir: del siglo del mal en el mundo, del siglo en que hizo su erupcion inmensa en la nacion mas culta de Europa y atronó á toda la tierra la mina colocada por la filosofia incrédula bajo los cimientos de la religion y la sociedad, con el doble intento de exterminar la primera y privar á la segunda de los elementos de su vida moral, México, firme en sus creencias, constante en sus hábitos de orden, gozaba una paz inalterable, y con ella todos los beneficios de la sociedad y la civilizacion. Faltábale, es verdad, el ser independiente; pero fuera de esto, no le quedaba que apeteer sino solo conservar para siempre tan preciosos bienes.

Miéntas allá de los mares los enemigos de la Iglesia, que en su furor extremo ya les parecia poco atacar los dogmas en particular, miraban las antiguas herejías y aun el protestantismo como armas gastadas y de poca monta, y por lo mismo combatieron á la verdad, no solo en el Símbolo, sino en la filosofia, en la política, en la historia y donde quiera que se encontraba; en México resplandecia la luz de la fe socialmente, brillaba en todo el conjunto de la nacion, y la verdad natural residia sin zozobra en el buen sentido del pueblo: miéntas el viejo mundo era fuertemente saquidido; el nuevo sorprendia con su firmeza: miéntas allá la palabra *obediencia* cayó en desuso, y aun en ridículo, al golpe del desenfreno político y la ironía filosófica; en México era el secreto del orden y la paz que todos admiraban: miéntas allá se sacrificaron todas las garantías á nombre del derecho y á expensas del deber; acá se gozaba sin sentirlo de esa felicidad social que la lei de Dios asegura cuando los gobiernos y los pueblos la reconocen y acatan: miéntas allá reaparecia en un pueblo de filósofos y á los diez y ocho siglos de cristianismo la idolatría pagana invadiendo el templo del verdadero Dios á nombre de la razon; aquí se conservaba inalterable y en todo su vigor y fuerza el culto católico, la creencia católica, la moral católica, y por lei de consecuencia el orden público y el bien procomunal.

¿Quién puede recordar, hermanos míos, lo que nos trasmiten las últimas páginas de nuestra historia, en los tiempos á que me refiero, y descender luego al horrible cuadro que presenta nuestra época, sin quedar poseido de admiracion á la par con la fecundidad maravillosa de la gracia cuando es correspondida, que con las consecuencias horribles de la rebeldía del corazon, la frialdad de la fe y el abandono absoluto de la moral? ¿Qué cuadro tan sencillo y grande al mismo tiempo presentaba entónces la familia! Todavía no se habian conocido aquí los ingeniosos sistemas de educacion inventados para sustituir al cuarto precepto del Decálogo. La base del orden consistia en el homenaje comun de todos los miembros de esta

sociedad á la palabra y decretos de su Divino Instituyente. El padre aparecia como la imágen del Criador: era un poder para el bien, cuyas garantías estaban cifradas en ese lazo con que se estrechan en el alma la naturaleza y la religion: el primer objeto de su pensamiento, el móvil de su conducta y el blanco de su accion ántes que todo, era educar á sus hijos en el santo temor de Dios, enseñarles á honrar y venerar el ministerio sagrado y la respetable ancianidad, ponerlos á cubierto del mundo robusteciendo su corazon con los hábitos fuertes de la virtud, imprimirles el amor á su Dios y el amor á su prójimo, y con este doble amor los grandes elementos de la religion y la sociedad. Los hijos á su turno honraban y respetaban á sus padres por sentimiento y por deber, al paso que los domésticos, colocados bajo el influjo del mismo pensamiento, contribuian al orden maravilloso que hacia de la familia un todo prodigiosamente bello.

Excusado me parece advertiros, hermanos míos, lo que seria bajo el influjo tutelar de tal vida doméstica el carácter dominante del estado civil. El magistrado era visto como padre de los pueblos; recibia honores semejantes á la paternidad de la naturaleza, y era obedecido mas por el sentimiento del deber que por el aguijon del castigo; pues cuando todavía no circulaban aquí ni aun las palabras vacías de *Derecho público, constitutivo y orgánico*, dominaba en la mente y el corazon la máxima sublime de que la autoridad pública debe ser obedecida, no solo para librarse de su indignacion y la pena corporal consiguiente, sino tambien para guardar la lei divina, contar con la quietud de la conciencia y ponerse á cubierto de una eternidad desgraciada. Hé aquí el secreto de un fenómeno que nunca se admirará bastantemente: un territorio inmenso, un pueblo numeroso y esparcido á largas distancias, conservados en paz, en orden, y contando con todas las seguridades que se buscan en el estado social, sin el aparato de la fuerza física multiplicada y amenazante, sin el movimiento de expediciones militares para contener los desmanes y alzamientos, y por último, sin mas elemento represivo que la presencia de la autoridad en todas partes.

Y bien, católicos, ¿qué ha sido de este pasado tan maravilloso, que á no hallarse tan cerca, podria pasar por una invencion del ingenio? ¿Qué ha venido á reemplazar á aquel orden tan constante? La anarquía mas completa. ¿Qué vemos en lugar de aquella tranquilidad con que la vida, la honra, la hacienda, la familia y todo descansaba bajo la custodia de las leyes y de la moral? Cuatro palabras huecas y sonoras, que se cruzan por todas partes, como el trueno precursor de una tempestad, con el nombre de *garantías*. ¿Con qué ha venido á sustituirse aquel abastecimiento de las arcas públicas,

donde habia siempre lo necesario, sin hacer gemir á los pueblos bajo el peso de onerosas cargas? con una palabra pomposa y una situacion permanente: la economía política y la deuda pública. Hoi dia un gobierno es el primero de los mendicantes, el soberano de los hambrientos. ¿Qué ha puesto nuestro siglo en lugar de aquellos antiguos patrimonios, adquiridos con el trabajo, garantizados por la moral y tan útiles para el pueblo? Unos fantasmas move-dizos, que fascinan, subyugan y desaparecen.

Nada os diré, católicos, de la educacion doméstica, víctima de una moda caprichosa que paulatinamente ha ido acabando con las máximas tutelares de la familia, con la sobriedad y economía que eran antes caracteres comunes á que se debia la conservacion de las fortunas, con las costumbres severas cuyo recuerdo hará siempre admirable la sabiduría de nuestros mayores. Hoi dia todo se pone por obra en la educacion para complacer al siglo, nada para formar las costumbres: protégense los talentos para el agrado y pasatiempo, al paso que se abandonan los recursos para debilitar las inclinaciones desarregladas y arraigar los hábitos virtuosos. El lujo ha venido á ser una lei tiránica, recibida universalmente como una necesidad social: escándalo que en otro tiempo alarmaba, sin pasar de ciertas singularidades; pero que ahora es un objeto de interes comun. La vanidad se ha enseñoreado de la prudencia, trayendo consigo á pueblos enteros por una serie de ruinosas quiebras. Esta pasion, interpuesta entre nuestra patria independiente y nosotros, nos ha ido esclavizando sucesivamente con brillantes cadenas, sometiéndonos á pueblos mas avisados para especular con nuestra ligereza y locura. Nada os diré tampoco de la moral pública, porque no puede mentir al carácter que le imprime la vida doméstica. La templanza, la sobriedad, el pundonor, la justicia, la caridad en suma, parece que han huido de nosotros. Los mayores escándalos pasan entre la indiferencia y el aplauso, y, ¡cosa deplorable! no contentos con adelantar en la funesta carrera de los vicios comunes y antiguos, hemos tenido aun en esta línea que pagar el tributo á mil inicuas novedades.

Yo bien sé que en todos tiempos ha habido pecados; que las páginas mas bellas de la historia de las costumbres aparecen siempre salpicadas; que mientras el hombre tenga que luchar con los enemigos de su espíritu, pagará muchas veces un contingente lastimoso á su propia debilidad; que la virtud ha estado en todas partes y en todos tiempos mui reducida en sus dominios respecto de los vicios, y la santidad ha sido constantemente rara. Pero hai épocas en que parece que los hombres agotan la medida de los vicios, cansan la paciencia de Dios, provocando su justicia y encendiendo su cóle-

ra; hai épocas distinguidas especialmente por su ceguedad y contumacia, y pueblos que, despues de haber agotado el fondo de la corrupcion comun, aparecen con la gangrena de ciertos vicios mas visiblemente mortales, por explicarme así, con síntomas deplorables de un mal casi desesperado, con un cierto carácter de reprobacion, que se manifiesta en las ideas dominantes y en los desórdenes nuevamente introducidos: en suma, existen pueblos en quienes no solamente se deplora la mas absoluta decadencia moral, sino que aun se teme la apostasia de la fé. Porque decidme, católicos: ¿qué virtud habia de quedarle á esta luz despues de haber vivido en el alma y sido arrojada de ella? ¿qué influjo conservarán las dulzuras de la virtud, cuando despues de gustada una y muchas veces, han llegado á nulificarse, causando el mayor fastidio al corazon? ¿qué poder de hecho ejercerán esas gracias y esos dones que para fructificar exigen siempre la disposicion y cooperacion de la naturaleza, cuando esta, despues de haberlas poseido, conocido y gozado tantas veces, las abandona, las desprecia y las resiste con la peor de todas las fuerzas, que es la inercia del espíritu? En este estado no parece sino que la luz no tiene ya los encantos de aquella novedad maravillosa con que ostentaba un espectáculo ignorado y lleno de atractivos á un mundo que habia estado siempre en las tinieblas: los goces encuentran un corazon fastidiado de ellos y gastado en los placeres de la carne: las gracias encuentran laxados todos los resortes del hombre moral; y la conversion, en consecuencia de estas causas, viene á ser un objeto que casi raya en lo imposible.

¿Qué os diré, pues, hermanos carísimos, del cuadro lamentable que hoi está presentando la nacion mexicana, de esta decadencia progresiva en sus costumbres, de esta postracion de todas sus fuerzas morales, de este cáncer que la corroe sin cesar, de este marasmo que la tiene ya trasformada en un cadáver? Al incremento de la maldad antigua, que no ha mucho he deplorado amargamente, se junta hoi el escándalo de vicios nuevos que nos recuerdan á tantos pueblos réprobos cuando estaban en vísperas de recibir el último golpe de extermínio. Porque, católicos, no hai que alucinarnos con especiosas falacias; no hai que cubrir á nuestros ojos el mal que nos devora, con las bellas flores con que la vanidad engalana los sepulcros; no hai que seducirnos. México, despues de haber tenido un agraciado turno en la vocacion de los pueblos á la verdad y á la virtud; despues de haber mostrado en su frente los esplendores purísimos de la fé; despues de haber gustado por siglos el don celestial de la union con Cristo, de la vida religiosa y moral, de los preciosos bienes que tiene Dios prometidos, lo mismo que á los individuos, á las

naciones que permanecen fieles; despues de haber participado del Espíritu Santo en los misterios augustos, en la distribucion de los sacramentos bajo el gobierno de sus pastores, gime bajo el peso de todo linaje de tribulaciones. Su fe se halla mui debilitada, su gusto espiritual casi extinguido, su intimidad con Dios apenas se percibe. No solamente ha crecido en la maldad en vez de corregirse, no solamente ha esquivado la penitencia para reconciliarse con Dios, precipitándose de abismo en abismo en la pendiente fatal que conduce á la perdicion; sino que parece haberse conaturalizado con el pecado, haber perdido hasta su propia índole, revistiéndose de monstruosos caracteres; y no satisfecha con aquellas culpas que bastan para hacer temblar, ha contraido nuevos hábitos de algunas que mas inmediatamente atraen los anatemas del cielo.

¿No os horrorizáis, hermanos míos, de las proporciones inmensas que ha tomado el escándalo en nuestra desgraciada patria? ¿No teméis al ver cómo la prostitucion, poco satisfecha con ser tolerada, tiene pretenciones de ser instituida? ¿No tembláis á la vista de la mentira, la detraction, la calumnia, el desenfreno de la lengua, organizadas en la prensa como un poder social de los mas fuertes en el movimiento político de las naciones? ¿No gemís, contemplando esas multiplicadas escenas de robo, de sangre y deshonor, que han venido á ser como el suceso diario de nuestros tiempos? Pero á lo ménos en aquellas clases que por la educacion y las comodidades de la vida parecen estar como aparte, sin entrar en el número de los actores de tales escenas, habrá una reserva de esperanza para la curacion de tantos males lastimosamente crónicos. ¿Vano esperar! La avaricia ocupa lo que el descaro deja; y esa pasion, tan estéril para los goces como fecunda para ciertos vicios, reparte su accion en toda la sociedad: con el agio agota las arcas nacionales y reduce á la mendicidad numerosas familias consagradas al servicio público; y con la usura mina todas las fortunas, esteriliza el trabajo, y retira indefinidamente los límites de la miseria.

¿Qué recurso nos queda, católicos, contra ese mal tan terrible como arraigado! ¿Adónde volver nuestros ojos! ¿Tal vez Dios, que vive en la fe, que se manifiesta espléndido en el culto, que es invocado en el lecho del dolor al aproximarse la muerte; Dios, que en todos los tiempos, en todos los pueblos ha sido creído, esperado y temido, triunfará con su Nombre, con su poder, con sus promesas y amenazas en esas crisis terribles en que la incredulidad arrastra en pos de sí legiones enfurecidas, que se lanzan sobre la religion y la Iglesia, para vilipendiarlas y destruirlas! Tal vez cuando ya sea preciso declararse por Dios ó contra Dios, la fe romperá los bronces que cierran el corazon del

avaro, y una causa tan santa le hará pasar por la penitencia sincera del corazon al campo de la virtud. ¡Esperanza quimérica! ¡encantamiento! ¡ilusion! Dios tiene que pasar á su turno esta revista de indiferencias: se pronuncia su nombre, pero no se siente su escarnio; se ocurre á la Iglesia, pero no excita ningun sobresalto la idea de su exterminio; se dan algunas muestras de disgusto, pero no hai el menor empeño en obrar conforme á las inspiraciones de una recta conciencia.

¿No recordáis, hermanos míos, la triste historia de estos escándalos entre nosotros, durante medio siglo? ¿No recordáis la marcha primero lenta, despues activa, y hoi precipitada del agio y de la usura? ¿esas arcas agotadas, y al parecer para siempre? ¿esos gobiernos humillados por la hambre ante las puertas de individualidades poderosas? ¿esas repetidas quiebras que sorprenden frecuentemente los mas bien formados cálculos? ¿No recordáis la triste historia de la infidelidad con Dios, no solo en la repeticion de los crímenes, mas tambien en el abuso del juramento? Este precepto tan sagrado, tan respetable, tan augusto, ¿ha podido sufrir vilipendios mayores que los que ha sufrido entre nosotros? La obediencia constante á la Iglesia de Dios, el respeto á sus pastores, la veneracion á sus templos ¿nada dicen á vuestra consideracion con esos inauditos atentados que nos ha tocado presenciar? Esas opiniones especiosas, con que se ha tratado de concertar en la conducta el interes con la conciencia en puntos esencialmente inconciliables, ¿no han hecho caer la venda de vuestros ojos? ¡Ah, hermanos míos! todo presenta los síntomas de un mal desesperado: ¡la corrupcion de las costumbres, el entronizamiento de los vicios, la libertad de las opiniones, el notable resfrio de la piedad, la indiferencia para con el culto, el descaro de la incredulidad, la frecuencia del sacrilegio, la multiplicacion del perjurio, el desprecio de la lei, la falsedad de la conciencia, el vilipendio de la autoridad canónica, el furor con que se persigue á los ministros de Jesucristo, la extincion de los nobles sentimientos, el triunfo completo de la iniquidad....!!

¿Gran Dios! ¿este es el pueblo que tres siglos há entró en la ilustre categoría de vuestro reino, y quedó inscrito en el registro eterno de los adoradores de vuestra Cruz? ¿este es el pueblo que, una vez convertido, abrazó tan ardientemente vuestra causa, que llegó á ser un modelo en sus costumbres y en su piedad? ¿esta es la nacion apellidada un tiempo *eminente católica*? ¿este el uso que hemos hecho de nuestra vocacion y de vuestras gracias? ¿así hemos correspondido á la ternura inefable con que nos ha tratado siempre vuestra Madre? ¿de este modo hemos honrado á la que os portó en su vientre, despues de haber venido á erigir un trono junto á la colina

de Tepeyac? ¿hai alguno que pueda reconocernos hoy como verdaderos hijos de María de Guadalupe? ¿Cuál es, pues, nuestra situación en vuestra presencia? ¿Hasta dónde hemos caminado en esa escala que marca los grados de vuestro sufrimiento? Después de tanta corrupción, de tantos crímenes, de tan escandalosos é inauditos abusos, del infame pisotéo de vuestras gracias, ¿qué queda para nuestra esperanza en las reservas de vuestra misericordia? ¿Aun podemos revivir para vuestro amor, tornar á vuestra alianza, reincorporarnos en los caminos que conducen á vuestra gloria; ó colmada la medida, sonó ya la hora fatal, y no nos queda otra cosa que descender al abismo inmenso que se abre bajo nuestros piés . . . ?

No hai mal desesperado, hermanos míos, en el órden moral, para una alma resuelta y decidida. Todas las Sagradas Letras están llenas de luz para la esperanza, y de vigor para el corazón. El designio de Aquel que hizo al hombre á su imágen y semejanza, es el reformarle para que sea perfecto, y salvarle para que sea feliz. La venida de Jesucristo no tuvo mas objeto que pagar la deuda de la culpa, realizar la esperanza de todos los que habian bajado al sepulcro sinceramente arrepentidos, y dejar en la tierra una piscina de salud para curar todas las enfermedades del alma. De mil maneras explicó sus deseos de que todos fuesen salvos, su prontitud para ocurrir al pecador arrepentido, su presteza para perdonar á todos los que sinceramente quisieren volverse á él: ya se manifiesta como un pastor cuidadoso y sensible, que deja las noventa y nueve ovejas, para correr en busca de la que ha perdido, y hallándola, vuelve con ella en sus hombros hasta colocarla otra vez en el redil; ya también como un inconsolable padre, que llora sin descanso á su hijo extraviado, y que cuando logra recobrarle, le recibe en sus brazos, olvida su culpa, celebra con un espléndido festin aquel hallazgo precioso, y le devuelve con su amor y ternura, todos los derechos, toda la estimación y todo el rango que habia perdido.¹

Pero si estos apoyos tan robustos, con que las Sagradas Letras sostienen la esperanza, no bastan para decidir vuestro corazón, hermanos míos, á fin de recobrarla toda con la mas sincera penitencia, volved vuestros ojos á ese altar: ved á esa Virgen hermosa ornada con las estrellas, vestida del sol, con toda su grandeza y poder: vedla presidiendo aún á los destinos y salvando á pesar nuestro las últimas esperanzas de nuestra patria. ¿Cuántas veces ha hecho los mayores prodigios para salvarla! ¿cuántas otras ha detenido el brazo de la Justi-

1. Véase el capítulo XV del Evangelio de San Lúcas, en que están referidas tanto la parábola de la oveja perdida como la del Hijo pródigo á que aludo aquí.

cia eterna para que no descargue sobre nosotros el último golpe! Ella solo quiere de parte nuestra, para hacerlo todo de la suya, un deseo eficaz, un arrepentimiento sincero, una voluntad pronta y resuelta. ¡Ea, pues, hermanos míos carísimos! correspondamos todos á estas invitaciones que ella nos hace con su amor, y que debemos temer sean acaso las últimas: coloquémonos bajo su protección eficazísima, llorando nuestras culpas, lavándolas con la penitencia y arrojándolas muy lejos de nosotros con la perseverancia. Estamos postrados en el lecho de la muerte; pero ella es la Madre de la vida: desfallecemos consumidos; pero ella es la gran virtud por donde se comunica la fuerza infinita del Señor: todo lo hemos perdido; pero lo recobrarémos todo mientras ella cuente aquí con hijos verdaderamente fieles, que cooperan á sus designios, que son todos de salud y felicidad.

¡Oh Reina poderosa! ¡oh Virgen inmaculada! ¡oh Madre amante! ¡oh María de Guadalupe! este pueblo infeliz, que yace postrado en el lecho de la muerte, que desfallece consumido bajo el peso de su dolor, levanta su corazón atribulado hácia tí, para saludarte con toda la Santa Iglesia como á su Reina y su Madre llena de clemencia, de bondad y misericordia, y mira en tí la vida de su vida, el supremo de sus goces, el solidísimo apoyo de su esperanza! *Salve Regina, Mater misericordiae, vita, dulcedo, et spes nostra, salve.* Desde el abismo profundo de su miseria, desde las regiones del pecado en que yace proscrito, desde este piélago de llanto donde vogan los hijos de Eva delincuente, suspira, gime, llora sin consuelo, poniendo en tí su esperanza toda, y no aguardando ya sino una palabra tuya para saber si es de vida ó de muerte. *Ad te clamamus exules filii Eve: ad te suspiramus gementes et flentes in hac lacrymarum valle.* Vuelve, pues, hácia nosotros, víctimas de nuestros extravíos, encadenados por nuestras pasiones, amenazados con la última ruina, esos tus ojos de misericordia, de bondad y ternura: pon de nuestra parte, aunque indignos y mil veces pródigos, la clemencia del Dios Salvador, fruto bendito de tu vientre. *Eja ergo, Advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte; et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende.* Ponle delante, para comoverle, tus gracias, tus virtudes, tus dolores, tus incomparables merecimientos, su amor á los hombres y su sangre preciosa. Virgen de la clemencia y de la piedad, Virgen de la dulzura y de la gloria, resuenen en los cielos y en la tierra las voces de tu corazón maternal, esas voces de poderosos ruegos y eficaces súplicas que nunca dejaron de ser atendidas con toda prontitud en la corte del Rey de los reyes. ¡Oh clemens! ¡oh pia! ¡oh dul-

cis Virgo Maria! ora pro nobis, Sancta Deigenitrix. Trueca, ¡oh Señora! este proceso terrible, que ya nos tiene abocados á los abismos de una eternidad desgraciada por nuestros muchos y gravísimos pecados, por el escandaloso abuso que hemos hecho de tantas gracias y por nuestra ingratitud á tantos beneficios como nos has dispensado, en un decreto de libertad, prevenido por la penitencia y dictado por la misericordia. Restablézcase por tu medio y para siempre, ¡oh Virgen poderosa! la alianza con tu Padre celestial, rota mil veces por nuestra obstinacion en la culpa, y vuelvan otra vez á sostener nuestra esperanza las promesas fundadas en la palabra infalible de tu Divino Hijo; esas promesas consoladoras que salvaron la esperanza en los momentos en que iba á naufragar; esas promesas por cuyo cumplimiento suspiraban los patriarcas; esas promesas que inspiraron á los profetas para anunciar el advenimiento del Mesías, que habia de realizarlas; esas promesas de gracia que previene, que justifica y salva; esas promesas de gloria inamisible, que han sostenido en la tierra y recompensado en el cielo la carrera heroica de la virtud: *ut digni efficiamur promissionibus Christi.* Torne otra vez esta nacion, á quien todavía te complaces en llamar tuya, y que nunca dejará de clamar á tí como á su tierna y querida Madre, la unánime profesion de la fe católica, el culto en espíritu y en verdad, las virtudes privadas y públicas, la verdadera paz; y nada se interrumpla en el resto de nuestra vida presente, para que, al terminar de ella, entremos todos en el goce y posesion de aquella ventura suprema y perdurable, que han debido y deberán siempre tus hijos fieles á tu proteccion poderosa en la morada eterna de los escogidos.

PANEGIRICO

DE SANTA

TERESA DE JESUS.

PREDICADO

EN LA IGLESIA DEL CARMEN DE MORELIA EL DIA 15
DE OCTUBRE DE 1848.

Qua stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt destrueret.

Dios ha escogido á los necios segun el mundo, para confundir á los sabios; y Dios ha escogido á los flacos del mundo, para confundir á los fuertes; y á las cosas viles y despreciables del mundo, y á aquellas que son nada, para destruir las que son *al parecer grandes.*

I Cor. cap. I vv. 27 y 28.

CUANDO leemos atentamente, católicos, la historia de la religion, que comienza en la primera página del Génesis, sigue el curso de los siglos y habla constantemente con sus grandes hechos á la inteligencia y al corazon, y traemos al paralelo el pensamiento de Dios y el del hombre acerca de las tres cosas que resumen, digámoslo así, las aspiraciones universales de la humanidad en todas sus épocas, conviene á saber: la ciencia, el poder y la felicidad; no sabemos qué admirar más, si la paciencia infinita de Dios en aleeccionar al mundo, ó la rudeza inconcebible del mundo, que todo lo ve, todo lo palpa, y no llega jamas á rendirse dócil á la verdad y á la virtud. En todos tiempos ha dispensado el Señor á los hombres cuanto se necesita para ilustrarlos, santificarlos y salvarlos; pero en todos tiempos asimismo han esquivado aquellos las luces de la fe, los preceptos de la lei divina y los medios eficaces y únicos para ser verdade-